

RAFAEL RAMON CASTELLANOS

DE BOLIVAR
Y EL PANTEON NACIONAL

(RUFINO BLANCO FONTE NA)

FV868.4409
B641
e.3

CARACAS, 1975

L A. B. N.
DONACION

LF
100088

CAF 4219
18/3 Efig.

Biblioteca Nacional
Caracas - Venezuela

FV868.4409
B641
c.3

RAFAEL RAMON CASTELLANOS

Dra. Enrique Andueza
ABOGADO

Colgio No. 1386 Impreabogado No. 1017

1975, 23-7-75

DE BOLIVAR Y EL PANTEON NACIONAL

(RUFINO BLANCO FOMBONA)

BIBLIOTECA NACIONAL

CARACAS, 1975

DISCURSO DE ORDEN PRONUNCIADO EN EL PANTEON
NACIONAL EL 25 DE OCTUBRE DE 1974 EN REPRESEN-
TACION DEL SENADO DE LA REPUBLICA CON MOTIVO
DE LA INHUMACION DE LOS RESTOS DEL ESCRITOR
“RUFINO BLANCO FOMBONA”

*Ciudadano Presidente de la República, Sr. Carlos Andrés Pérez
Ciudadano Vice-Presidente del Congreso Nacional
Ciudadano Presidente de la Corte Suprema de Justicia
Ciudadano Vice-Presidente del Consejo Supremo Electoral
Ciudadano Presidente del Consejo de la Judicatura
Ciudadano Ex-Presidente de la Junta de Gobierno
Ciudadanos Ministros del Despacho Ejecutivo
Ciudadanos Senadores y Diputados al Congreso Nacional
Ciudadano Fiscal General de la República
Ciudadano Contralor General de la República
Ciudadano Procurador General de la República
Ciudadanos Representantes del Alto Mando Militar
Altas Autoridades Civiles y Eclesiásticas
Ciudadanos Familiares de "DON RUFINO BLANCO
FOMBONA"*

Señoras y señores:

Nos encontramos en este templo inmortal de la Patria, en este templo cuyos límites son continentales, porque el reconocimiento a que nos llama penetrar en él, también nos hace levantar la frente para observar que desde donde reposan las cenizas del Padre Supremo de nuestras libertades, jamás podremos ver sino un mundo de progresos, sin fronteras y menos para los países de la sub-región bolivariana, porque ese fue su sueño y hacia esa concepción avanzamos dentro de la tecnología, amalgamados en una comunión de bases económicas, políticas, sociales y morales de trascendente importancia, y las cuales no podemos desperdiciar ahora bajo ningún punto de vista,

sino más bien, encaminarlas con rumbo cierto y sentirnos amparados por el que habló desde el comienzo de su carrera el lenguaje del triunfo.

Por El que preside aquí, en el aura piramidal, en pletórica gama de colores y auscultando los hechos cotidianos, donde ahora aflora una filosofía nueva que retoma el camino de sus ideales y de sus postulados y que transforma a éstos, en los momentos actuales, en pendones para el combate más digno que estamos llamados a librar, pedagógicamente, desde todos los contornos, para sentirnos en una patria verdaderamente propia, sin dependencia de ningún género, con el alma inmaculada y la capacidad de cooperar con otros pueblos y otras familias espirituales, amén de haber robustecido nuestra conciencia cívica y nuestros podestales nacionalistas.

Ahora lo vemos más humanizado que nunca. Libertador en todos los sentidos. Quizás sea porque hemos aprendido ya en buena parte su lección y vamos penetrando en su firmamento donde se quedó marginado el hálito endiosante, para darle paso al prócer profético, al Genio Militar sin precedentes, al caudillo de voces libres, al principalísimo comandante de la cultura y de la ciencia del arte de gobernar, al Magistrado y al Estadista. Y aquí lo encontramos, rodeado de sus lugartenientes de todas las épocas; sus compañeros epónimos, aquellos que nunca cedieron ante ninguna avalancha de tristeza o de derrotas y se irguieron aún en medio del fuego fatal, con la severidad que solicita la búsqueda de esa estrella que alumbría con rayos de libertad. Algunos de ellos no han llegado todavía. Tal vez no llegarán, pero sí los sentimos en el aire, en los cenotafios, con inmenso nombre propio cada uno, por las galerías adyacentes, en las criptas vacías.

Es que en este recinto la gloria toda de América estimula y da prestigio para aprender y luego para enseñarle a las generaciones nuevas cuál es la norma, cuál es la meta que debemos transitar y cuáles son los frutos que recogeremos en este siglo de los experimentos interplanetarios, de los viajes espaciales, del avance prodigioso de todas las disciplinas éticas y estéticas. Es que en este recinto está concentrado todo el imperio de la luz que nos impele hacia el trabajo para levantar trayectorias materiales y humanísticas alrededor del Continente,

y que nos mueve a la meditación para seguir las huellas de la deidad con el afán de enmarcar en cánones brillantes el rumbo del país. Y Bolívar a la cabeza de las legiones del presente y del futuro de Venezuela.

Pero aquí está también Tenerani. Pietro Tenerani, el de Torano, que se inmortalizó con la inmortalidad de este venezolano nacido en Caracas el 24 de julio de 1783. Digo no sólo que aquí está, sino que aquí vive Tenerani, aunque de esta tierra lo separe una larga lejanía, contemporáneo de todos nuestros próceres, maestro del buril que en 1831 ya nos había moldeado un busto bolivariano, que en 1843 proyectaba el monumento sepulcral del Héroe Máximo, obra que nueve años después se mostraría al público, en la Iglesia Catedral, para que las gentes “tributaran homenajes a los mármoles de Carrara, hoy animados por el cincel de Tenerani” como aparecía la información en el Diario de Avisos, y que cubriría las cenizas de un hombre para retenerlas secularmente y mostrarlas al mundo como un libro abierto desde donde se nos llama a penetrar en el pensamiento mágico de Bolívar y a practicar su apostolado inmarcesible.

Y este mausoleo seguirá ruta de perennidad. Rememorando diremos que Guzmán Blanco, después de largas contiendas llega al poder en 1870 y el Simón Bolívar que una vez fue lacerado con el verbo impenitente del padre de este caudillo, Antonio Leocadio Guzmán, y que después este mismo escritor, para descargo de conciencia o por convicción que labró en la experiencia de los tiempos, entronizó en las páginas de *El Venezolano*; ese Simón Bolívar, repetimos, saldría de la Catedral para otra casa de grandeza, templo permanente, liceo de los símbolos, es decir, a este recinto en que en estos momentos dibujamos y desdibujamos épocas y sucesos, a este palacio de la veneración que había sido hasta entonces la Iglesia neogótica de la Santísima Trinidad, llamada a ser a partir del 28 de octubre de 1875 “panteón de la huesa venezolana” que recibiría en su seno, un año después, los restos del Primer Hombre de Estado de América, y para guarecerlos, a buen resguardo de los tiempos, en los siglos, en las hecatombes y en el corroedor flagelo de las edades, se le dio de escolta definitiva el mismo mausoleo de Tenerani que no es más hermoso porque mayor

hermosura no cabe en el superlativo, máxime cuando años después un cultor insigne del arte pictórico, nuestro gran Tito Salas, adornaría las pálidas paredes y los techos de esta mansión del honor patrio con testimonios de tonalidades marciales.

Y este monumento, en réplica majestuosa, viajó una vez a la tierra de Washington y en Missouri, el 7 de julio de 1948, sería inaugurado por un venezolano universal que entonces regía los destinos del país, Don Rómulo Gallegos. Desde esa época otros muchos bustos, otras muchas estatuas del Libertador, cada día con mayores dimensiones, han ido recorriendo el orbe, en las plazas públicas, en los centros de educación y en los cuarteles militares de ciudades y pueblos de innumerables países, pero con un aditamento sublime: junto al mármol o al bronce, en esos viajes luminosos va también un rímero de volúmenes que aglutina el pensamiento vivo, vivo siempre, del creador de nuestras nacionalidades.

Pero por sobre este éxito de ese recorrido del Gran Paladín en la representación pétrea, ya había hecho otros muchos por Europa, con la elegancia que se desparrama en los textos que nos distinguen como herederos de su filosofía, en actividad para quedarse siempre, a la vez en una que en muchas regiones, y las realizó en la voz categórica y en la pluma viril, medular de médula multiplicante, de Rufino Blanco Fombona, quien como otros más de su generación modernista, sembró buena semilla en una Europa reacia entonces a rendir pleitesía a las glorias de nuestro Libertador. Y con esa siembra despertó un universo de voces, una manifestación portentosa en idiomas varios, para expresar de nuestra tierra, y hacerlo entender así, que América vivía en un nombre y que ese nombre proyectaba la grandeza cenital hacia todas las dimensiones, aun junto a los Césares, al lado de los maestros de Atenas, de los estrategas de Esparta, de los grandes Capitanes de todas las guerras, de los profetas de la concepción sociológica, de los titanes del derecho y de la filosofía política, y de los conquistadores modernos de la libertad contra todas las opresiones y aún en los desvelos de los mártires. Era Simón Bolívar.

Pues bien, señores, ese difusor de tales ideas por la Universidad General del viejo continente; ese espejo donde hizo contacto el rayo de inteligencia humanística de Bolívar y desde

allí irradió hacia múltiples latitudes; ese Rufino Blanco Fombona viene hoy también a esta casa del respeto cristiano, del amor y de la paz. Acude a este panteón del reposo como cuando se internaba en sí mismo “a olvidar en la comunión del estudio las fatigas y las luchas”. Llega de hinojos a presentarle su reverencia al Genio de América, al perínclito soldado de su alta predilección, y a quedarse cerca de él, con el concepto claro de León Gambetta cuando dijo que “nuestras ideas son hijas del pasado doloroso y están preñadas del porvenir progresivo”.

Cómo no iba a llegar aquí este escritor valiente, polifacético y categórico. Cómo se iba a quedar en otro campamento si aquí está su estro, el centro de gravitación de sus enseñanzas y de su aprendizaje. Y no solamente todo esto en conjunto, que es Bolívar, sino también los demás Tenientes del Gran Capitán, y los sabios que vinieron después a regar de conciencia la patria, y los estadistas, en fin: los notables de Venezuela. Era un imperativo que Blanco Fombona reposase bajo este techo. Homenaje más elocuente no ha podido merecer, dentro de toda la justedad del verbo. Y era una deuda contraída por Venezuela y por los venezolanos, porque este hombre de hierro escribió, anotó, editó, prologó y regó por el mundo, una cantera virtual y virtuosa de obras bolivarianas, de obras biográficas de los otros próceres, de obras inéditas autobiográficas de estos mismos, ya europeos o americanos. En su *Editorial América* dio cabida a un cúmulo de libros que nos abrieron las puertas de Europa para que se nos estudiase en el fondo y en la forma de habernos transformado de esclavos en conductores, de siervos en maestros de enseñanza moral, de colonos en libertadores.

De él puede decirse como alguien lo dijo de Soren Kierkegaard que “el mundo de su pensamiento es preciso buscarlo en las zonas casi sobrehumanas del genio, en la vida de las grandes personalidades de la historia, en la mágica energía de aquellos seres que nunca encuentran obstáculos imposibles en la realización de sus propósitos ideales porque sus voluntades han sido templadas en el sufrimiento y sus corazones han conocido el abismo de las pasiones incontenibles; las ráfagas del amor y del odio, la emoción ardiente de la lucha contra la fatalidad y el anhelo maravilloso de elevarse heroicamente hasta la adquisición final de la verdad” y desde ese punto de vista su obra

bolivariana además de constituir el reflejo de la propia vida del Caudillo “representa también la más sublime invitación al heroísmo, a la libertad absoluta del espíritu, a la lucha por la perfección, por la pureza de los actos de nuestra existencia y por el cultivo de la fuerza invencible de la individualidad, como únicos medios de alcanzar el bien y de realizar el fin supremo de nuestro destino”.

Por ello creemos que Blanco Fombona merecía este homenaje que gallardamente le han confirmado en gesto que distingue y enaltece el Jefe de Estado, señor Carlos Andrés Pérez, y las corporaciones legislativas que integran nuestro Congreso Nacional. Lo merecía como se le ha otorgado. En la *Biblioteca Ayacucho*, en la *Biblioteca Andrés Bello*, en la *Biblioteca de Ciencias Políticas y Sociales*, en la *Biblioteca de la Juventud Hispanoamericana*, cada una partes substanciales de la *Editorial América*, ya citada, este hombre recio y pedagogo, legó a Venezuela la suficiencia que había distribuido por las librerías europeas y de otros continentes, para que se onorgulleciese aún más de ser la patria madre de un Semidiós patético. Pero aún faltan testimonios: para rubricar esa su tarea que cambió el curso del sol en el análisis del ideario político independentista de América, legó también a la posteridad varios textos ejemplares: *Bolívar pintado por sí mismo*, que es la más perfecta, categórica y exacta dimensión de elaborar el retrato humanístico, detallado y uniforme de un gran estadista, tomando sencillamente sus propios juicios, conceptos y criterios para el breviario más puro de su escuela, donde aquél fue maestro de sabios y de mariscales.

Luego *Mocedades de Bolívar*, venero que hipnotiza y que cual arenga en campos elíseos trasporta a precisar una cita con el héroe, para buscar la ruta misma que él siguió en el laberinto de la época y para llegar a cristalizar misiones dentro de la formación cultural, junto a los catedráticos y dentro de las influencias de hombres y de escuelas. Más tarde, o más pronto, el *Espíritu de Bolívar*, páginas de incursión en orden “al Soldado Bolívar”, a la imaginación, la actividad, la pasión, la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad del Caraqueño Exquisito. Y a la par, *Bolívar y la Guerra a Muerte* donde al columbrar un horizonte para el mensaje a las juventudes,

manifiesta que ese libro lo iba a denominar *Hércules y la Estinfálicas*, pero él mismo lo anota en el prólogo: "Hércules Don Quijote. Para encontrarle semejanza a Bolívar hay que recurrir a las máximas figuras del Mito y la Ficción. De Don Quijote, Libertador Quimérico, decía un poeta algo que puede aplicarse al héroe de la historia: "Sus actos más absurdos no son sino desviaciones de una idea sublime: proteger a los débiles, castigar a los malvados, enderezar entuertos, abatir el crimen y ejercer la magistratura de la espada vengadora y de salvación en todos los grandes caminos de la vida humana. Tal es el programa de su empresa". Pero Blanco Fombona tenía en las venas, en el corazón en su misma sombra quizás, un universo de revitalización educativa para ir regalando a Bolívar como si fuera propiedad solamente suya, o como si Venezuela lo hubiera autorizado para esa dádiva benéfica por todas las latitudes de Europa, pues también plasmó el *Bolívar, escritor* y seguidamente *Bolívar y la Inteligencia* en donde estampó aquel juicio sin reservas que va recorriendo las escuelas mundiales, por cuya constancia llamó a Bolívar *genio*, porque "el es una superconciencia. Una visión clarísima y anticipada de las cosas, una supersensibilidad para presentirlas y una supercapacidad para expresar y exponer lo que todavía duerme en las sombras del porvenir, como la estatua en el bloque de mármol..... El Genio es la sal de la historia. La verdadera y grande historia sólo existe cuando él aparece..... Las ideas, los sentimientos, las obras, todo se dramatiza al paso del genio; todo adelanta con las botas de siete leguas, todo cobra ímpetu contra el querer y el sentir de las mayorías. Las mayorías, terminan por seguir y endiosar al superhombre".

Aquí pues, desde ahora, se queda Rufino Blanco Fombona, con su vivencia y con su cátedra. Alguna vez tendría que llegar esta hora que él quizás ni soñó, porque ni siquiera sueñan con los homenajes, los nobles, los justos, los que brotan desde la espina dorsal del alma popular.

Nunca supuso venir a establecer sus reales condiciones de venezolano integral en este espacio, bajo el techo de solaz, junto al mármol mismo que un día, con bisturí tocado por los dioses, moldeó Pietro Tenerani para que Venezuela paseara por todos los paisajes universales, desde el cálido humear en

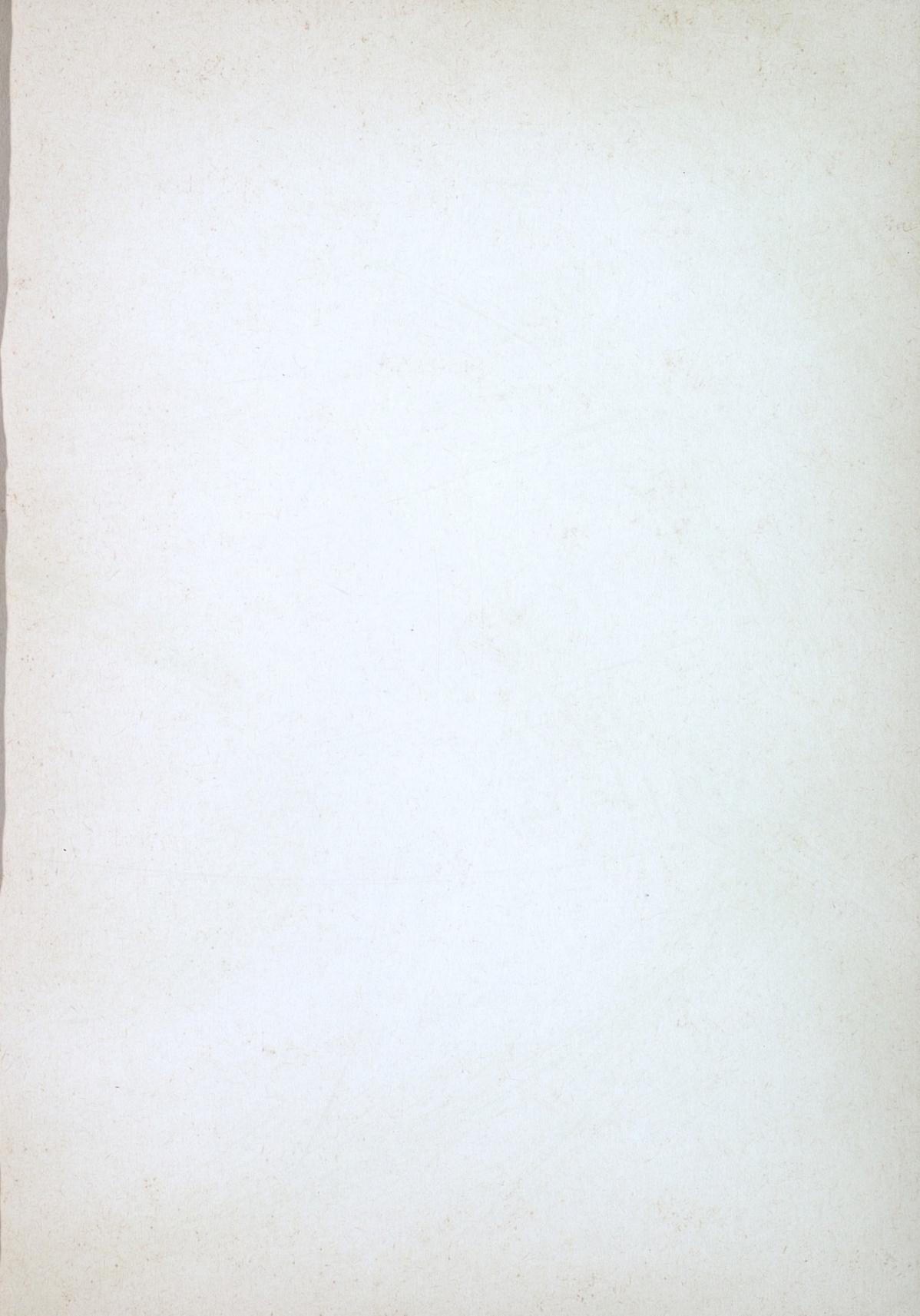
los volcanes andinos, hasta el cálido clima de las tierras rive-
reñas del mar, no un nombre ni un hombre, ni un rostro, ni
una estatua, sino una filosofía categórica, con una enorme
geografía espiritual, con un cielo glorificante, con un astro
latente, de Belén, que atrae a los integrantes de las huestes
juveniles hacia el maná de lo intelectual, hacia la imprescindi-
ble tecnología, en síntesis, hacia la superación en medio de la
muerte de los siglos y del nacimiento de metas novedosas con
disciplinas vírgenes y con cognomentos divinos, pues es que
Bolívar profeta fue tan de carne y hueso como el guerrero,
como el gobernante, como el estratega.

Acompañamos pues a Rufino Blanco Fombona hasta su
morada definitiva. Aquí esperará el juicio de la historia sobre
su vida y sobre su obra, como el mayor conductor que fue de
energía de ideales bolivarianos, a pesar de que no pudo esca-
par a las pasiones dentro de su temperamento de nata agre-
sividad tropical, pero que realizó una obra que es una constante
en el destino intelectual de América. Todo lo hizo con
un drama metido hasta sus tuétanos, en un exilio de casi
treinta años, perseguido hasta más alla de nuestras fronteras,
amagado muchas veces por los problemas económicos, casi como
huérfano de patria, pero en espera permanente de los dioses
benévolos que borraran los pasos onerosos de la tiranía y se
acordaran de Simón Bolívar, el más empinado sacerdote del
culto a la libertad que bien estaría de luto mientras sucumbía
en Venezuela el aliento democrático.

Y lo situamos en este Santuario, devotamente. Aquí se
queda, que quedarse en el Panteón Nacional es tomar posada
en la historia dinámica y colosal. Bien dijo Campoamor que
“los que duermen aquí no tienen frío”. El calor de la patria
y de la idea los eleva al respeto y a la admiración colectiva,
por todos los caminos y hacia todas las concepciones, armados
de hondura contra los valores en declive, contra los arúspices
que pregonan la crisis de nuestra cultura, contra los progra-
madores de las conflictivas interpretaciones del mal, en fin,
el calor de la patria y de la idea, repetimos, los miman en el
pináculo de la belleza y en la elocuencia de lo grande los colo-
can a disfrutar el rumbo de los bienaventurados y de los
incommensurables. Y ese es el sino del *último conquistador*

español como fue llamado en sana comparación de estetas. Pero no quiero concluir sin exteriorizar, en nombre de toda la familia del distinguidísimo escritor, el infinito agradecimiento a los Poderes Públicos del país, en sus más elevados representantes, pues para Rufino Blanco Fombona se esperaba desde tiempo atrás esta invitación al templo de la nacionaldad. Y aquí lo coloca hoy la generosidad y el patriotismo de su patria. Gracias.

Señores.



OFICINA CENTRAL DE INFORMACION / OCI



IMPRENTA NACIONAL